

Las aventuras de Marco y Cleo

# Objetivo, conocer a Cristóbal Colón



+7



WEEBLEBOOKS

© 2020

Autora: M. Eloísa Caro Durán  
Ilustraciones: Cristina Vaquero  
Corrección de texto: Dolores Sanmartín

<http://www.weeblebooks.com>  
[info@weeblebooks.com](mailto:info@weeblebooks.com)

Madrid, España, mayo 2020



**Licencia:** Creative Commons Reconocimiento-  
NoComercial-CompartirIgual 3.0  
<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/3.0/es/>

# Patrocina este libro

Incrementa el Valor de tu Marca y conviértete en una  
Empresa Socialmente Comprometida

¿Hablamos?

Contacta con [info@weeblebooks.com](mailto:info@weeblebooks.com)



WEEBLEBOOKS

# OBJETIVO, CONOCER A CRISTÓBAL COLÓN

—Silencio, os van a castigar —advirtió Marco.

Cleo y Lucía discutían sobre sus cantantes favoritos mientras la Señorita Flora, que no permitía ni un murmullo, concluía sus explicaciones sobre Cristóbal Colón y el descubrimiento de América.

—No, no, ése canta muy mal, créeme, de eso entiendo bastante —afirmó contundente Cleo—; yo también voy a ser artista.

Flora fijó su mirada en Cleo y, a medida que hablaba, iba alzando la voz intentando llamar su atención.

—Tenéis que hacer un trabajo sobre Cristóbal Colón; en una gran cartulina debéis plasmar su trayectoria...

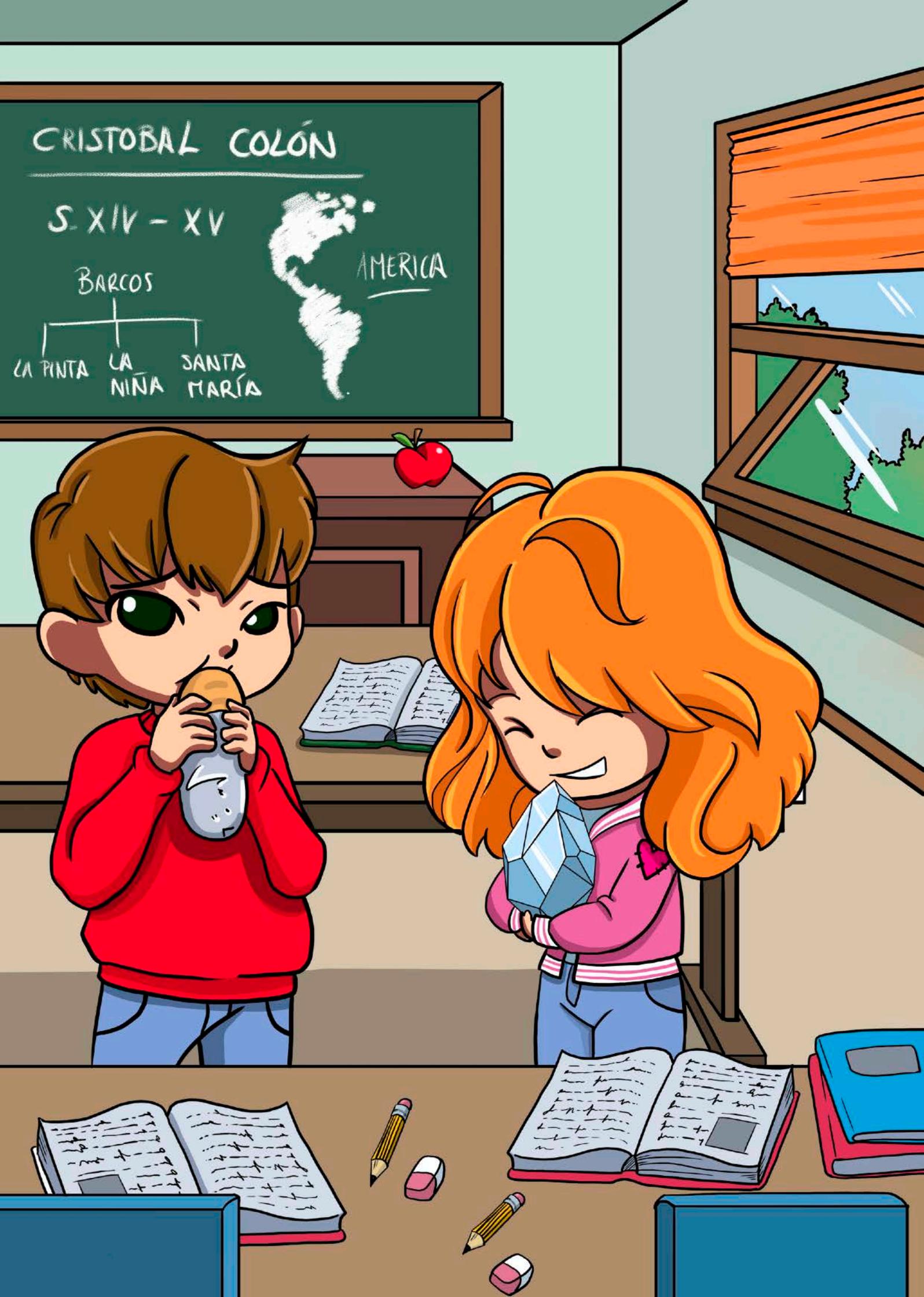
Pero Cleo estaba a lo suyo, no se daba por aludida y Flora cada vez se enfadaba más.

Marco, consciente de todo, intentaba advertir a Cleo con muecas y siseos, pero justo en ese momento la paciencia de la Señora estalló.

—Marco Antonio y Cleopatra, estáis castigados: durante el recreo permaneceréis en clase, sin salir al patio.

—Pero si yo sólo intentaba ayudar —replicó Marco, resignado y sin mucho convencimiento, porque sabía que aquellas decisiones de la Señora eran inamovibles.

Con el griterío del patio como sonido de fondo, Marco y Cleo se comían su pequeño bocadillo junto a los grandes ventanales mirando embobados los divertidos juegos de sus compañeros.



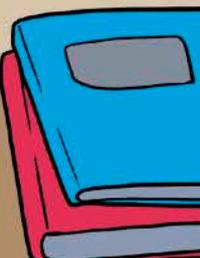
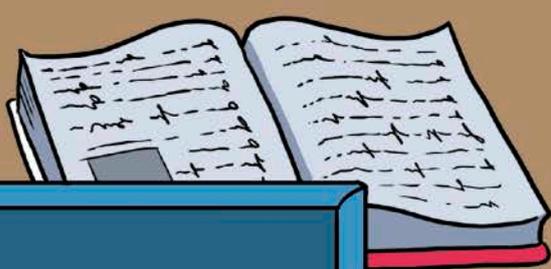
CRISTOBAL COLÓN

S. XIV - XV

BARCOS

- LA PINTA
- LA NIÑA
- SANTA MARÍA

AMERICA



—Por tu culpa no he podido practicar con María una jugada nueva de ajedrez que hemos aprendido en internet.

—De acuerdo, llevas razón, umm..., ya sé cómo compensarte por este castigo tan injusto. Vamos a conocer a Colón. No sé muy bien qué habrá querido decir la Señora con eso de que plasmemos en el trabajo el lado más humano, más personal. Yo creo que debemos incluir si era alto, delgado, el color de sus ojos, la forma de su nariz.

—Ah, no, ya lo haremos muy bien buscando en la biblioteca, se refiere sin duda a su biografía. Olvídate de la piedra —dijo Marco.

—¿Tú crees que funcionará también con personajes?

Pero antes de que le respondiera, Cleo expuso al sol la piedra de los mil colores.

—¡Cristóbal Colón, háblanos!

Marco y Cleo aparecieron en las inmediaciones de un puerto, junto a una fuente donde jóvenes marineros llenaban los toneles de agua que abastecían a los barcos dispuestos para partir.

Los dos jóvenes vestían un amplio blusón, semejante al que portaban la mayoría de los lugareños, y unas divertidas calzas.

—Ja, ja, estás muy gracioso con esas mallas de última moda —se burló Cleo.

—¡Agg!, lo has hecho de nuevo, a dónde me has llevado —se lamentó Marco.

—Vamos a conocer a Cristóbal Colón.

Se aproximaron al muelle, donde había un gran trasiego de personas. Estaba abarrotado de gentes que iban y venían desde los barcos fondeados hasta un gran edificio que albergaba los almacenes y los espacios donde se ofrecían cama y comida.

Era el día 3 de agosto de 1492 y ante Marco y Cleo se hallaban tres hermosos barcos de madera.



*Santa Maria*

—Mira —dijo Cleo señalando al mayor de ellos, cuyo nombre se podía leer con claridad en el castillo de popa—; es la Santa María. ¡Oh!, y ése debe de ser Colón —añadió, señalando esta vez a un hombre de mediana estatura y cabello rubio, asistido por un paje que lo llamó por su nombre.

Pero estaba de espaldas y enseguida desapareció entre varios marineros sin que pudieran verle el rostro.

Cleo se disponía a subir al barco tras él cuando escuchó el llanto de un muchacho probablemente de su misma edad. Conmovida, se acercó hasta él.

—¿Qué te ocurre? —preguntó—. ¿Cómo te llamas?

—Tres, ya se han caído tres paquetes al agua. Me llamo Bartolomé García Pérez. Así nunca llegaré a ser un gran grumete como lo fue Martín Alonso Pinzón, que hoy es el capitán de ese barco —dijo señalando a la Pinta.

El muchacho cargaba la mercancía del Fortuna, un barco amarrado un poco más arriba y que tenía previsto zarpar aquella misma mañana rumbo a Francia.

—No te preocupes, nosotros te ayudaremos —dijo Cleo.

—Es que..., veréis, yo lo intento, pongo todo mi empeño, pero soy un poco patoso.

—No será para tanto, vamos.

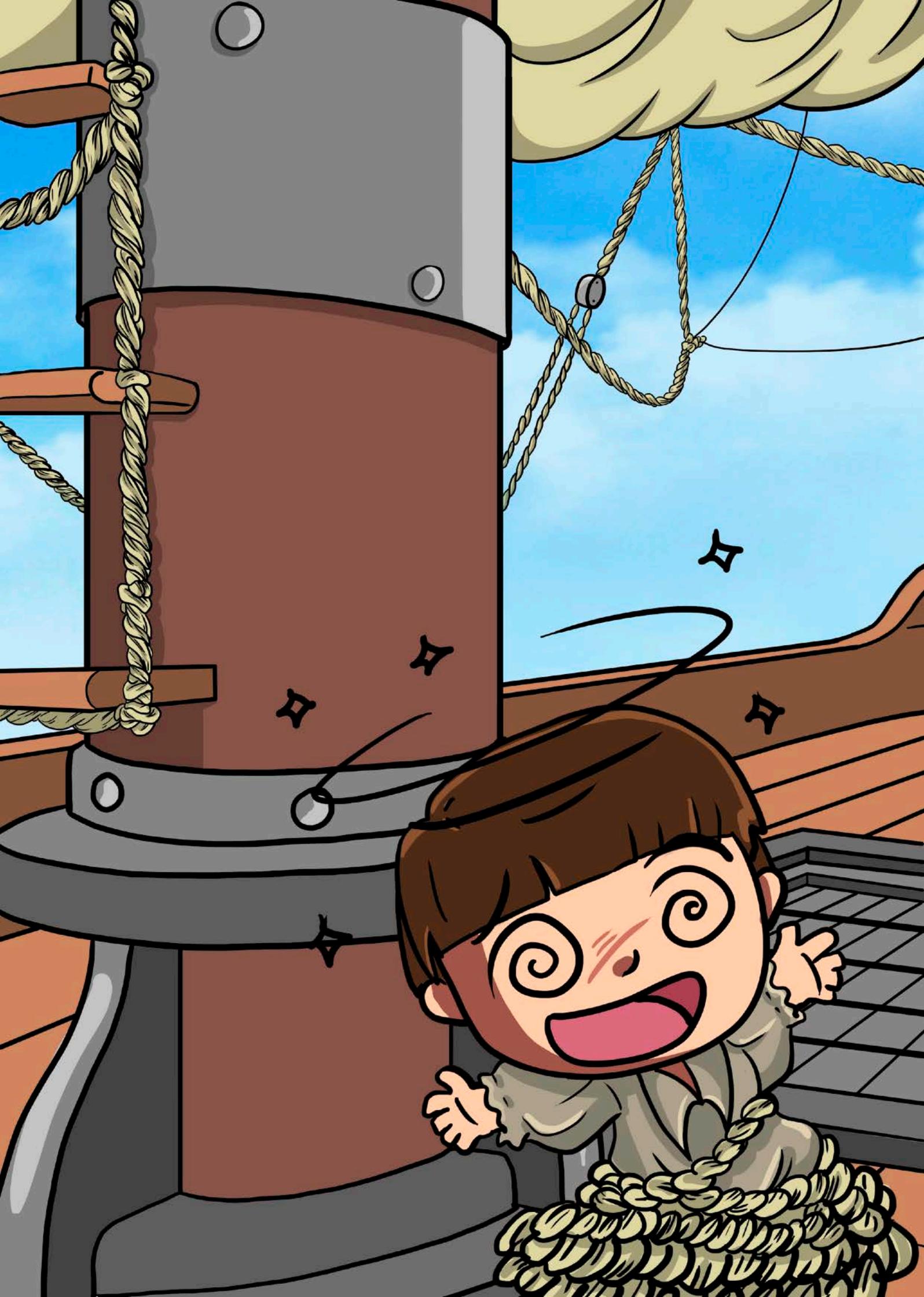
—Cleo, no podemos entretenernos —dijo Marco—, están izando las velas de la Santa María, van a partir pronto.

Pero Cleo no le prestó atención, cogió uno de los fardos y siguió a Bartolomé, que cruzaba una pasarela de madera hasta el barco.

—Esperad, no sé si podré hacerlo —replicó Marco—; tengo vértigo, está muy alto, esto es endeble, se puede romper y si caigo al mar no tendré ninguna posibilidad de sobrevivir.

—Vamos, que no es para tanto.

La madera crujió, Marco se detuvo y por un momento temieron lo peor. Pero la pasarela resistió y Marco consiguió llevar un paquete hasta cubierta.



—¡Oh! —exclamó Cleo—, es impresionante, todo de madera, me encantaría explorar cada rincón.

—¡Ayudadme, estoy atrapado! —se escuchó entonces gritar a Bartolomé, que había tropezado y se hallaba enganchado entre las cuerdas de las velas.

—Pero ¿cómo has podido enredarte ahí? Al final va a ser cierto lo que decías. Hasta ahora yo estaba convencida de que no podía existir nadie más patoso que mi querido amigo Marco, pero creo que me equivocaba.

Con mucha maña y paciencia, Marco y Cleo consiguieron liberarlo de la trampa que se había creado sin romper la vela.

—¡Ahí está!, junto al timón —dijo Cleo señalando a Colón, que se podía distinguir con claridad desde allí, pero enseguida desapareció tras la menor de las velas.

Bartolomé, que se percató de su interés por aquel hombre, dijo:

—Ah, sí, ése es Cristóbal Colón, ha estado buscando hombres en el pueblo para su expedición, pero la mayoría de los marineros de aquí, por supuesto, han preferido embarcarse con los hermanos Pinzón, reconocidos navegantes de nuestro pueblo. ¿Acaso queréis embarcar vosotros? Dicen que Colón pretende ir a las Indias a través del Atlántico, porque la tierra es redonda. ¡Vaya idea! ¿Lo conocéis?

Marco, que no sabe mentir, intentó responder, pero rápidamente Cleo dijo:

—Bueno, digamos que sí, que lo conocemos un poco.

Los tres muchachos bajaron a la bodega cargados con aquellos fardos fabricados con tela de saco y blindados con cuerdas.

—Tú puedes ir colocándolos mientras nosotros traemos el resto —dijo Cleo—; así habrá menos probabilidades de que te metas de nuevo en problemas.

Marco y Cleo regresaron con más fardos, pero la tragedia de nuevo había llegado. Los paquetes que ya habían sido apilados se hallaban esparcidos por todo el suelo y Bartolomé corría tras un cerdo que había escapado de su pequeño corralito.



—Pero cómo ha podido escapar...

—Tropecé con la puerta y... se abrió.

—Eres un desastre.

—Ya os lo dije.

Marco y Cleo le ayudaron a subir la carga, a colocarla y a encerrar al cerdo.

—Ahora debes quedarte aquí, quieto, sin hacer nada hasta que estéis en alta mar. Si no, me temo que verdaderamente corre peligro tu nombramiento como grumete oficial de este barco.

Bartolomé se despidió de ellos agradeciéndoles su ayuda.

—No sé de dónde habéis salido, pero lo cierto es que sin vosotros no lo hubiera conseguido. Sois un poco extraños, pero buenas personas; me recordáis a un hombre que estuvo ayer por aquí, tenía barba y me preguntó también por el almirante de la Santa María.

Cleo, al escuchar aquello, abrió los ojos de par en par.

—¿Cómo era ese hombre? —preguntó rauda.

—Pues no me fijé mucho, sólo recuerdo que tenía una barba muy bien recortada.

A Cleo le costó lanzar la siguiente pregunta por temor a la respuesta.

—¿De qué color era la barba?

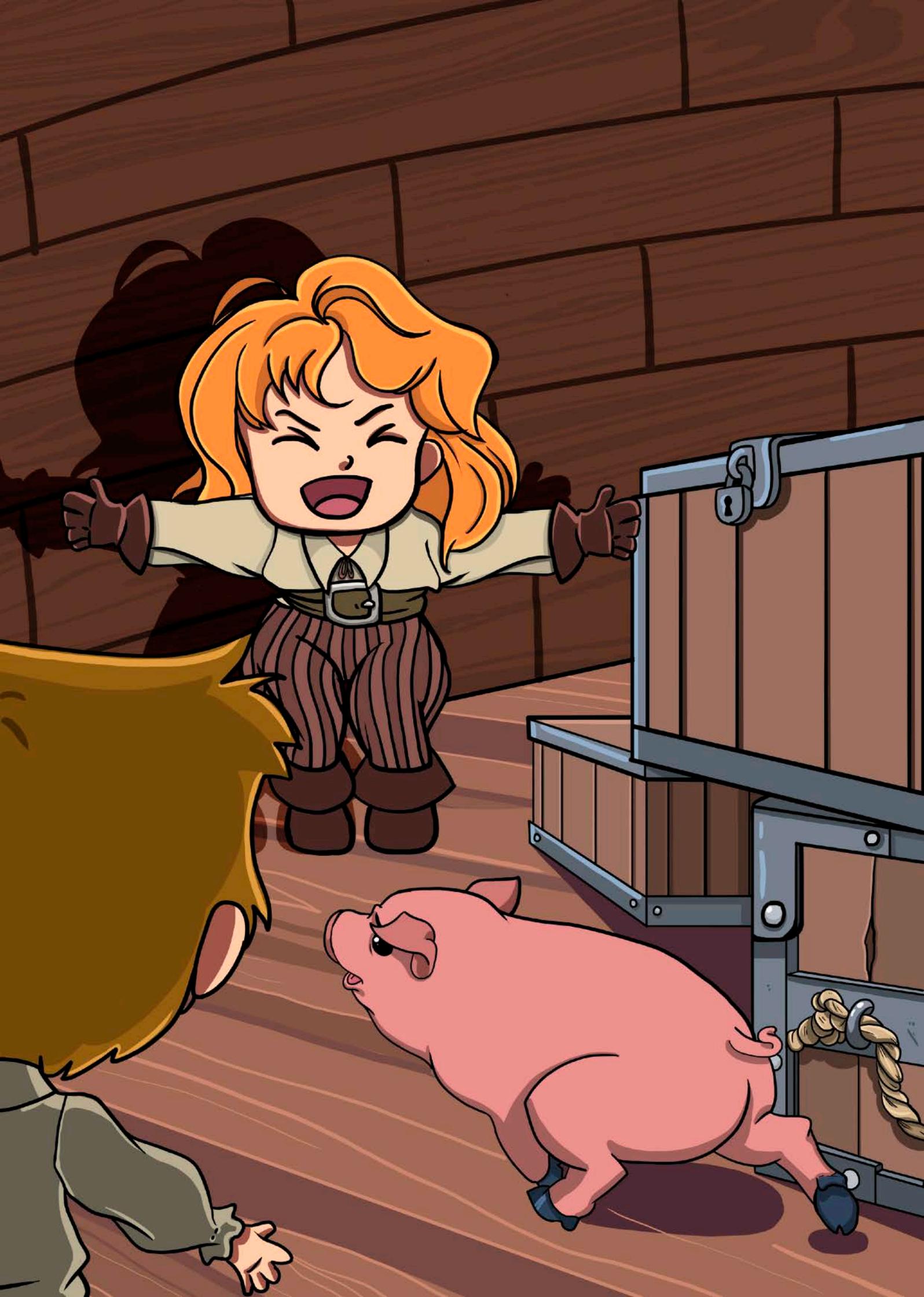
—Ah, sí, rojiza.

Cleo estaba atónita y sólo quería saberlo todo sobre aquel hombre.

—¿Y qué más te dijo?

—Nada más, desapareció de una forma extraña.

—Eso que estás pensando no puede ser —dijo Marco, que tiraba de Cleo para que bajaran rápidamente del Fortuna—. Ya no podemos subir a la Santa María, va a zarpar muy pronto, no hay tiempo. ¿Y si no funciona la piedra en alta mar?, no debemos arriesgarnos.



—Aún podemos hacerlo —dijo Cleo, con los dos pies ya sobre la Santa María.

—Han izado todas las velas y están recogiendo el cable del ancla —replicó Marco angustiado.

Cleo recorrió la cubierta con la mirada buscando a Colón, pero no lo hallaba por ningún sitio.

—Debe de estar en su camarote, vamos a buscarlo.

Esquivando a los marineros que se disponían para la travesía, se acercaron al castillo de popa y, allí, a través de una pequeña ventana redonda lo vieron. Estaba de espaldas a la ventana sentado frente a una mesa repleta de planos, velas, un astrolabio y otros elementos de navegación.

—Eso parece un compás gigante de madera —dijo Cleo.

—¡Quitad la pasarela! —se escuchó a lo lejos.

—Oh, ya no podemos bajar —dijo Marco totalmente desesperado.

—Qué bien, te imaginas que crucemos el Atlántico y descubramos América, sería fantástico.

—Pero qué dices, insensata.

Cleo no pensaba marcharse sin ver el rostro de Colón y buscaba la forma de conseguir que mirase hacia ellos, pero no hizo falta porque el almirante se levantó, cogió uno de los mapas y se acercó a la ventana para aprovechar la luz y ver de cerca los detalles.

—¡Oh! —dijo Cleo—, ya está, objetivo cumplido, qué ilusión. Tiene los ojos azules y una nariz enorme. Yo creo que definitivamente tiene cara de descubridor. Lleva un gorrito muy curioso, el mismo con el que aparece en los cuadros de la época. Y un chalecón gigante.

—Vale, ya lo has conseguido. Ahora, vámonos.

Un muchacho con el pelo negro y alborotado entró en el camarote del almirante y dejó sobre la mesa una jarra de cerámica, Colón volvió a sentarse y Cleo, muy a su pesar, tuvo que dar por concluida aquella nueva aventura.



Cleo expuso la piedra de los mil colores al sol, ante la interrogante y temerosa mirada de Marco.

La piedra había funcionado y al instante ya estaban de nuevo en la clase. Sus compañeros y la Señora volvían del recreo.

—Supongo que habréis reflexionado sobre vuestra conducta inapropiada.

Marco comenzó a decir:

—Sí, hemos estado...

Pero rápidamente Cleo lo interrumpió.

—Sí, sí, lo hemos visto todo muy claro, ni se imagina cuánto.

Cleo estaba tan impaciente por que sonara el timbre que anunciaba el final de las clases que no tuvo tiempo ni de saludar a su adorado Mario.

Cuando al fin salieron en tromba por la puerta principal, Cleo puso rumbo a su casa con paso acelerado.

—Parece que tengas prisa —dijo Marco.

—Así es, esta tarde te espero en la biblioteca del Museo, aún tenemos una tarea pendiente.

—Claro, el trabajo de Colón —respondió Marco, aunque un tanto sorprendido ante aquel ataque de responsabilidad de su amiga.

—Ésa, después.

A las cinco en punto, cuando Marco llegó a la biblioteca, intrigado por aquella enigmática tarea que les aguardaba, Cleo ya estaba allí. Consultaba un libro enorme titulado Embarcaciones y tripulación del siglo XV.

—¿Pero qué haces? —preguntó Marco.

—Tenemos que saber si finalmente Bartolomé llegó a ser grumete.

»Mira, aquí está, el Fortuna, capitán Martín Jerez, marineros..., grumete Bartolomé García Pérez. Síííí, es él. Finalmente lo consiguió, aunque no sabemos a qué edad. Los grumetes solían ser muchachos muy jóvenes, pero conociendo a Bartolomé...



Polo Sur

Aladin

El mal



Columete



Cristóbal Colón

Robin Han

Marrin

—Pues también deberíamos comprobar si el Fortuna, haciendo honor a su nombre, tuvo suerte y consiguió emprender algún otro viaje —añadió Marco.

—Ja, ja, ja, con Bartolomé a bordo, no sé yo.

De repente Cleo se puso seria, estiró su camiseta blanca con una brillante estrella azul que abarcaba todo el bolsillo y dijo:

—¿Sabes, Marco?, yo creo que aquel hombre misterioso con barba rojiza era mi padre. Tal vez tenga una piedra como ésta que le permite pasar de una época a otra, pero por algún motivo no puede regresar a la actualidad. Algún día lo encontraremos.

**FIN**

La autora:

**M. Eloísa Caro Durán**

[Contacto](#)

La ilustradora:

**Cristina Vaquero**

[Contacto](#)

La Editorial:

[WeebleBooks](#)

En WeebleBooks creemos en una educación al alcance de todos sin excluir a nadie por cuestión económica. Una educación diferente, más divertida, más original y creativa, y más adaptada al siglo XXI. Para ello hemos creado este proyecto educativo, que está abierto a la colaboración de todos, para fomentar la educación ofreciéndola de una forma atractiva, moderna y sin barreras económicas o geográficas. Creamos y editamos libros educativos, divertidos, modernos, sencillos e imaginativos para el público infantil y juvenil de forma gratuita en versión digital.

[info@weeblebooks.com](mailto:info@weeblebooks.com)

Visita nuestra página para descargar más libros gratuitos  
[weeblebooks.com](http://weeblebooks.com):

Mi primer viaje al Sistema Solar  
Descubriendo a Audrey Hepburn  
La guerra de Troya  
El descubrimiento de América  
Amundsen, el explorador polar  
Pequeñas historias de grandes civilizaciones  
La Historia y sus historias  
El reto  
Descubriendo a Mozart  
¡Espárragos en apuros!  
El equilibrista Alarmista  
Uh, el cromañón  
El lápiz que deseaba escribir solo

Mitología básica para todas las edades  
Descubriendo a Dalí  
Cocina a conciencia  
Descubriendo a Van Gogh  
Apolo 11, objetivo la Luna  
El Lazarillo de Tormes  
El ratoncito y el canario  
Mi primer libro de Historia  
OVNI  
La tortilla de patatas  
De la Patagonia a Serón  
Mi amiga Andalucía  
El mago detective  
Objetivo Polo Sur



<http://www.weeblebooks.com>

**Puedes descargar este libro gratuitamente  
en [weeblebooks.com](http://www.weeblebooks.com) o en la App Weeblebooks**